

833
P.

P02244
F2
H558
V.3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LAS HIJAS DE LA LUNA.

I.

YA SON RICAS.

Montalt se encontraba en el centro de una trama cuyos hilos iba cogiendo sucesivamente.

La casualidad habia atravesado en su camino uno despues de otro á todos los personajes de un solo y mismo drama, y cada uno de ellos le habia dicho bastante para que la suma de esas confiancias diversas pudiese formar casi una narracion completa.

El primero habia sido Vicente de Penhoel, el pobre marino breton del *Erebo*.

Luego Enrique y Roger en la diligencia por el camino de Rennes.

Después Roberto de Blois con sus acólitos Blas y Bibandier.

Y últimamente las dos hijas del tío Juan.

Pero Vicente, sombrío y orgulloso, había cubierto con un velo el nombre de su noble familia: Enrique y Roger, que tenían que quejarse de Penhoel, habían tenido cuidado de no pronunciar su nombre, conservándole su antigua afición: el caballero de Las Matas había puesto generosamente pseudónimos á los personajes de su historia.

En cuanto á Diana y su hermana, metidas en una empresa audaz, habían ocultado hasta sus nombres de pila.

A pesar de esa comun discreción, hubiera seguramente Montalt la coincidencia de los acontecimientos referidos, si por una parte sus perpetuas ironías no hubiesen obligado desde mucho tiempo á Enrique y Roger á una completa reserva, y si por la otra Roberto no se hubiera cuidado de arreglar los hechos á su modo. Entre otras cosas ya hemos visto lo que había dicho sobre lo que tenía relación con las jóvenes.

Y sin embargo, dos ó tres veces atravesó la imaginación de Montalt una vaga sospecha.

Había el famoso mentís lanzado tras el follaje; había además aquella doble cita dada á Enrique y Roger cuando su llegada á París.

Pero no había medio de pensar que los dos jóve-

nes hubiesen andado cerca de cien leguas sin ver al menos una vez á las lindas viajeras.

Y luego los nombres de Luisa y Berta hacían perder al nabab la pista, lanzándolo en el campo de las conjeturas.

Montalt tenía una inteligencia viva y elevada, pero era hombre que no se dedicaba á indagar una cosa por mucho tiempo. Esa noche estaba aumentada su indolencia habitual por los efectos del opio, que obraba entonces con una fuerza creciente y envolvía ya sus ideas en una bruma confusa.

Resistía porque se sentía feliz, y quería prolongar el placer de aquella conversacion.

La situación había variado completamente; Montalt no pensaba ya en rebelarse contra el encanto que se había apoderado de él tan de improviso; no tenía ya la menor duda acerca de la romántica historia que acababa de contarle Diana.

Eran hechos estraños; pero ¿cómo no creer las palabras salidas de aquella encantadora boca, tan pura y tan sincera? ¿Podía acompañar á la mentira aquella hermosa mirada?

Montalt hubiera querido únicamente interrogar para oír mas aún aquella voz dulce y simpática que llegaba al fondo de su corazón.

Pero le faltaba el tiempo. Sentía al sueño vencedor doblegar su fuerte voluntad; se cerraban sus párpados; su pesada cabeza iba á caer sobre su pecho.

Todo en torno suyo vacilaba ya como los objetos que se ven en sueños.

En ese estado había algo de delicioso, y Montalt dejaba que le meciera voluptuosamente aquel medio sueño. No dormía aún, pero soñaba ya.

Apenas habían trascurrido algunos minutos desde el momento en que su voz irónica y dura llegaba á los oídos de las dos pobres niñas como un sarcasmo y una amenaza. Ahora era su voz dulce, tierna, casi sumisa, y sus ojos, que nadaban en una languidez deliciosa, parecían implorar el amor.

No el amor que el señor del haren pide á sus esclavas, no el amor que han puesto los jóvenes á los pies de una querida idolatrada. ¿Qué digo? Había una pasión profunda.

La ternura paternal es austera. Para encontrar un objeto de comparación sería preciso representar á la joven madre que se inclina feliz sobre la cuna de su hijo.

Y toda esta adoración había nacido, no á causa de la narración de Diana, sino durante el relato que le había servido únicamente de pretexto y de transición.

Mientras que el nabab se burlaba antes, amaba ya, y la ironía desgarraba su propio corazón.

Ese corazón cerrado por fuerza á todo cariño, y que desde hacía veinte años sufría una inmensa necesidad de amar.

Montalt proseguía teniendo entre las suyas las

manos de las dos jóvenes, estrechándolas dulcemente contra su pecho.

Diana y Elena sonreían sin temor ni desconfianza. No conocían bien lo que había de inexplicable en el giro que tomaban las cosas.

Y por lo demás, para intentar aquel temerario paso, preciso era que ellas hubiesen esperado un desenlace de ese género.

Concediendo la mayor parte posible á su romántica ignorancia, preciso era para explicar cómo aquella esperanza insensata había sobrevivido á su entrada en el palacio del nabab, suponer que había en ellas algún secreto pensamiento.

Así era en efecto. Mientras que las dos hermanas, ocultas por el follaje, contemplaban la hermosa figura de Montalt hablando con Roberto de Blois, había estrechado vivamente Diana el brazo de su hermana contra su corazón.

Algunas palabras rápidas habían salido de sus labios.

Luego había dicho:

—¡Mira! ¡oh! mira!

Y Elena había juntado sus diminutas manos murmurando:

—¡Quiéralo Dios!

Esto había tenido lugar en el momento en que Montalt, creyéndose al abrigo de toda mirada, variaba por algunos segundos su fisonomía, dejando ver el profundo disgusto que le causaba la narración de Roberto.

Y Dios sabe que para pártir y lanzarse en los espacios infinitos no necesita de un gran punto de apoyo la imaginacion de nuestras dos jóvenes. Imposible sería imaginar nada mas ténue que la hipótesis hecha por Diana; pero era bastante, y á datar desde aquel momento no cesaba su imaginacion de trabajar.

De manera que independientemente de sus caracteres, que tal vez hubieran bastado para hacerlas seguir la pendiente, el nabab por una parte y las dos jóvenes por otra, tenian para aproximarse secretos motivos.

Los del nabab eran sus recuerdos y los vagos remordimientos despertados en aquella noche; los de las dos hermanas una misteriosa promesa que les mostraba el cielo abierto.

—Mi hermosa Luisa, dijo Montalt besando sus manos, que ellas no cuidaban de retirar; mi bella Berta, ¡cuánto voy á amaros!

—¡Oh! tanto mejor! dijeron las dos hermanas, porque nosotras tambien os queremos mucho.

—¿Quereis ser mis hijas?

—¡Sí queremos! exclamó Diana! Dios tiene piedad de nosotras.

Y Elena murmuró con su sonrisa graciosa:

—¡Ya sabia yo que érais buenol! ¡Oh! ¡ahora no me causais miedo!

—¡Escuchad! replicó el nabab, cuya voz iba apagándose; en este palacio va á cambiar todo. Vosotras sereis las señoras, las reinas. Hace mucho

tiempo que sufro. Vosotras me traeis la salud y el amor.

No me abandonareis nunca, ¿no es verdad?

Las jóvenes dudaron antes de responder.

—¿Y bien? preguntó Montalt.

—Es que.... replicó Diana, nuestro pobre padre y la Señora....

—¡Una vez que os creen muertas!

—¡Oh! exclamó vivamente Elena; ya no os lo ocultamos mas; cuando nos háyais dado dinero para salvarlos.

Esta palabra hubiera sonado muy mal á otros oídos; Montalt atrajo á la joven á su corazon como para darle gracias.

Por delicioso que hubiese sido su sueño, parecia escederle la realidad.

—Os daré dinero, repuso el nabab, acariciando la mejilla de Elena.

—Puesto que sois tan bueno, replicó la joven, y que lo necesitamos para aliviar la suerte de los que sufren.

Luego añadió bruscamente como para no olvidar una idea:

—Si nos dais en el palacio una habitacion iremos tambien á buscar al Angel!.... ¿no es verdad que no le rehusareis un asilo?....

Y como Montalt la contemplase sin responder, añadió uniendo las manos:

—¡Es nuestra primal!.... ¡oh! si la viéseis....

es aun mas bella que nosotras. Y su pobre madre llora porque unos malvados se la han robado.

—Tenemos todavía que deciros otras muchas cosas, prosiguió Diana; pero como pareceis tan fatigado....

En efecto, Montalt cedia á pesar suyo al efecto del opio.

—Tenemos para ello mañana, pasado, respondió; toda la vida para hablar, para amarnos.... vosotras para contarme vuestros deseos, yo para satisfacerlos al momento.... ¡Oh! hijas mias.... queridas hijas.... si supiérais cuán dichoso me hacéis; pero esta noche no os escucharé mucho tiempo. Como tenia la muerte en el corazón, he tomado antes de venir aquí un brevaie para llamar el sueño y va á acudir..... pero mientras pueda escucharos habladme; pedidme lo que queráis.

Diana bajó los ojos.

—Queremos mucho dinero.... murmuró.

—¿Cómo? ¿dinero?

—Esa mujer que nos ha conducido aquí nos dijo que nos darian treinta mil libras de renta.

—¡Ah! dijo el nabab admirado.

—Y que treinta mil libras de renta, prosiguió Elena, constituyen seiscientos mil francos. ¡Seiscientos mil francos! ¡seiscientos mil francos! Es mas de lo que necesitamos para comprar el castillo donde hemos nacido! Se los llevaremos á la Señora, que volverá á ser feliz.

Las cejas de Montalt se habian arqueado por un

momento; pero á medida que hablaba la jóven se desarrugaba su frente, recobrando su sonrisa.

—Si no necesitais mas que eso, replicó, los encontraremos.

—¿De veras? exclamaron las dos jóvenes levantándose y saltando de alegría.

—Pero, prosiguió Montalt, cuando he tomado opio duermo hasta muy entrado el dia, y las pobres gentes de que me hablais tendrán indudablemente necesidad de socorro.... ¡Seid!

A esta palabra, pronunciada con voz lenta por el abatimiento, se mostró en el dintel la fisonomía del negro.

Las dos jóvenes retrocedieron asustadas.

—Toma dos bolsas de perlas, dijo el nabab, pon cien luises en cada una y vuelve al momento.

El negro desapareció, volviendo al cabo de un minuto trayendo las dos bolsas, que valian cuatro ó cinco veces lo que contenian.

Elena y Diana las miraban ruborizadas y radiantes de placer.

—Mira bien á esas dos niñas, dijo el nabab á Seid, que se retiraba..... eres su esclavo como mio; haz todo lo que te digan.

Los brillantes ojos del negro se fijaron en las dos hermanas, pero su rostro no espresó la menor sorpresa.

Se inclinó y salió.

—¿Son nuestras estas bolsas? preguntó Elena.

La cabeza del nabab oscilaba sobre sus hombros y sus ojos se cerraban.

—Todavía no, contestó, mientras que una vaga sonrisa erraba por sus labios; es preciso que las compreis....

Su dedo señaló el arpa de oro medio oculta por las colgaduras en un rincón del retrete.

—Una vez que pasaba.... prosiguió, mientras que su acento se impregnaba de melancolía, os oí cantar una canción que me agradó mucho, hijas mías....

¿Quereis cantarla?... Me dormiría escuchándola y soñaría con vosotras....

Elena se lanzó hacia el arpa.

—¿Qué canción?... preguntó Diana.

—¡Ya sé la que es!... exclamó Elena, cuyos lindos dedos corrían por las cuerdas del arpa ejecutando el sencillo y dulce prelude de la melodía bretona *Las Hijas de la Luna*: ¿no es esta? añadió dirigiéndose al nabab.

Montalt hizo un signo afirmativo y su cabeza se recostó en el respaldo del sillón.

Las dos jóvenes estaban de pie en medio de la habitación.

Cuando terminó el prelude cantaron las dos, uniendo sus voces encantadoras á los acordes del arpa.

Montalt les dirigía una tierna mirada á través de sus párpados medio cerrados.

Mientras Elena y Diana recitaban las otras co-

plas, se extendía por las facciones de Montalt una expresión de felicidad íntima. Hubiérase dicho que la música y la letra de ese canto hacían revivir en él todo un mundo de recuerdos amados.

Sus labios se entreabrieron para dar paso fácil á su aliento. Su mejilla estaba dulcemente coloreada. Todo en él anunciaba el reposo bienhechor y feliz.

—¡Mas bajo!... murmuró Diana.... ya se duerme.

La mano de Elena no hizo mas que acariciar el arpa, cuyos acordes se velaron.

La última copla salió de los labios de las dos jóvenes como un murmullo.

Las voces murieron al mismo tiempo que las últimas notas del arpa.

Montalt dormitaba. Sus ojos estaban cerrados. Un delicioso sueño parecía mecer su reposo.

Las dos hermanas se habían aproximado sobre la punta de los pies y permanecían á sus lados.

En esa posición se encontraban precisamente enfrente de la ventana del jardín, y la girándula las alumbraba vivamente á través de la puerta abierta de la habitación de trajes.

Elena, que se había vuelto por casualidad, creyó ver detrás de la girándula dos ó tres sombras que se movían.

Pero los brillantes reflejos de los cristales la deslumbraban. Y luego, ¿qué importaba lo que pasaba fuera?

No intentó ver mas.

Dirigió sus miradas á Montalt, á quien Diana pensativa contemplaba en silencio.

Las dos hermanas permanecieron así durante algunos minutos.

No hablaban, pero sus corazones se entendían. Se arrodillaron con objeto de pedir á Dios por él.

La felicidad imprimía en la frente de Montalt como una maravillosa aureola. Al ver la arrogante y hermosa belleza de su rostro entre aquellas encantadoras fisonomías de las jóvenes, hubiérais dicho que eran dos serafines del cielo velando el sueño de un arcángel.

—Dios nos ha oído.... dijo Diana levantándose; he aquí nuestro buen génio.

—¡Y cuánto debemos quererle, hermana mía! respondió Elena.

Diana llevó la mano de Montalt á sus lábios.

Elena se alzó sobre la punta de sus piés, y su boca rozó la frente del nabab.

Fuera se oyó un grito. Las sombras distinguidas por Elena y que el brillo de la girándula hacia no conocer, se agitaban y hablaban.

Diana se lanzó y corrió la colgadura que cerraba la habitacion de los trajes.

Pero tal vez era demasiado tarde, porque un momento despues se dejó oír detrás de la puerta principal un ruido violento.

Las dos hermanas, pálidas y temblando, creían distinguir voces conocidas.—El nabab dormía pacíficamente, sonriendo á sus sueños.

II.

POR LA VENTANA.

Enrique y Roger bajaban por el jardín como almas en pena, buscando constantemente á las dos desconocidas que tan bruscamente habian interrumpido su entrevista con Mlles. Delfina y Hortensia.

En éstas no pensaban ya: estaban olvidadas, y el mismo Roger no se cuidaba de echar de menos á su blonda bayadera. Por su parte Mlle. Delfina y Mlle. Hortensia no manifestaban un sentimiento muy profundo por su contratiempo. Habian tomado el brazo del primero, que lo habia ofrecido, y en todo el baile hubiera sido punto mas que imposible hallar dos bailarinas mas alegres y entusiasmadas que las individuos de la Academia Real de música.